



## CAPÍTULO I.

### PREÁMBULO.

**L**A humanidad no ha podido todavía ponerse de acuerdo ni aún en el sentido de lo que más le conviene. A pesar de todos los dogmas, de todos los sistemas filosóficos y de todas las leyes, el mundo está plagado de individuos excepcionales, de seres refractarios á todo sistema, de hombres, en fin, en cuyo cerebro entra la verdad disfrazada, maltrecha é insuficiente.

Sobre esos cerebros se ha quemado el suyo la frenología, esforzándose en encontrar en la forma la causa eficiente de las

UNIVERSIDAD DE MONTERREY  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año 1925 MONTERREY, N.M.

excentricidades y de las extravagancias; y después de un maduro examen ha exclamado satisfecha: «hay gentes que son así.»

El desacuerdo de la raza data de la antigua memorable fecha de la manzana; y cuando ni los dos primeros hermanos pudieron entenderse, ¿qué mucho que no nos entendamos nosotros todavía?

Las grandes conquistas de unidad y acuerdo han logrado cuando más poner un millón de hombres frente á otro millón para probar su fuerza física: los tiempos primitivos nos presentan un vasto cuadro en el que los hombres se destruían á millares, movidos sólo por el espíritu de conquista; y tal manía se ha perpetuado por desgracia, entre otras causas por la muy poderosa de que hay «gentes que son así.»

Pero ninguna época es tan fecunda en ejemplos de esta especie como la presente, al menos para nuestro propósito.

Esta época tornasol en que vivimos ofrece engendros curiosos, tanto de individualidades vacilantes y equívocas, como de

personas que, arrojando pelillos á la mar, se han conformado sencillamente con su manera de ser y se han lanzado á la vida armadas con un precioso salvo conducto en que se leen estas palabras: «yo soy así.»

Quédese para los sabios el dudar, para los débiles el temer y para los cavilosos el meditar; pero para los génios inquietos y para los que viven de prisa no hay cosa más natural que conformarse con lo que son, é ingresar en el número de las gentes «*que son así.*»

Cuando contemplamos á esas bienhadadas personas, nos arrepentimos de todo corazón de haber perdido el tiempo en indagaciones inútiles, en librajos y en manías de esta especie, sobradamente perniciosas en estos tiempos.

¡Dichosos mortales aquellos que, sin saber lo que cargan, llevan su alforja al cementerio, á donde con un *debe* y *haber* más ó menos documentado, hemos de ir todos!

Esta es una hornada de seres completamente felices, que desde el vientre de sus

respectivas madres vinieron al mundo dueños de la piedra filosofal.

Ellos atraviesan este valle de dolores con la sonrisa en los labios, y pasan sobre todas nuestras dificultades como Pedro por su casa.

Probad, si gustáis, á hacerlos fijar en algo; habladles del mundo moral ó de algo que valga la pena de llevar en el mundo el título de sér pensador, y veréis cómo esas privilegiadas inteligencias se os escapan como el azogue, os contestan con una sonrisa estereotipada y os espetan, riéndose, la más estupenda de las barbaridades... Estremecéos en seguida de horror, escandalizáos cuanto os sea posible, y por toda vindicación, por toda respuesta, os plantarán esta muletilla:

—¡Qué quiere usted! «yo soy así.»

Encontráos con uno de esos seres felices, y no les notaréis ni perplejidad, ni asombro, ni mucho menos encogimiento; os esperan á pié firme, se os plantan delante siempre festivos, provistos de una abundante colec-

ción de risas que entrerenglonarán en el asunto más serio; y como se han hecho el ánimo de prescindir de toda investigación, afrontarán con el valor de la ignorancia toda vuestra sabiduría, por medio de estas ó semejantes frases:

—¡Qué quiere usted! yo soy un bruto, yo no he estudiado ni entiendo una jota; pero no creo lo que usted me dice; yo soy muy franco; ¡qué quiere usted, amigo, qué quiere usted! «yo soy así.»

Ese dédalo que se llama ciencia, que se llama moral, destino del hombre, eternidad, espíritu, más allá y tantas otras cosas, es para las consabidas gentes parvedad de materia.

Y no se crea que tales gentes no sirven para nada, sinó todo al contrario; son capaces de todo, están en todas partes, y para ellas se hicieron el placer y la vida, las comodidades y el sueño, la paz y la prosperidad; jamás les ha pasado por las mientes este terrible riesgo: ponerse en ridículo; ¡qué disparate! el ridículo es para todos,

menos para las gentes «que son así,» y lejos de caer en tan hondo abismo, tienen el don de ridiculizar á los demás.

Se prestan á todo, y por medio de un sistema expeditivo, que les tiene mucha cuenta, pasan sobre todas las dificultades.

Si son fanáticos, se fabrican su Dios á su manera; si son progresistas, aceptan todo lo brillante; si son liberales lo liberalizan todo; y no se les da un ardite de cuanto por acá abajo acontezca, ni de cuanto por allá arriba les espere, «porque son así.»

A estos dichosos mortales nos toca seguirles el bulto en este tomo. Juntos hemos de sujetarlos al foco de nuestra linterna, en cambio de que ellos, «que son así,» nos den sus propios perfiles, siquiera para que el lector los coteje detenidamente con los de algunos de sus conocidos.



## CAPÍTULO II.

EN EL QUE COMIENZA LA HISTORIA  
DE UNA DE LAS GENTES QUE «SON ASÍ.»



Las dos de la tarde de un domingo de Noviembre, llegaba el autor de este libro á Ciudad del Maíz, distrito de San Luis Potosí.

Mi compañero de viaje era un joven de diez y ocho años. El acontecimiento que turbó por un momento la triste tranquilidad del pueblo, fué nuestra llegada. Apenas tuvimos tiempo de descansar y de tomar alimento: los ecos de una música de

viento hacían afluir á los pacíficos habitantes del pueblo á la maroma.

Mi compañero se puso contentísimo, y por nada de este mundo se hubiera quedado sin concurrir al espectáculo; y por mi parte, la circunstancia de poder conocer á los principales vecinos del pueblo reunidos en la maroma, me animó á ser de los espectadores.

Una hora después, mi compañero y yo estábamos en el corral, que la compañía de funámbulos había erigido en teatro.

La concurrencia ocupaba una gradería formada con vigas, y reinaba allí cierta confianza y bienestar, propios de una verdadera fiesta de familia; todos se conocían y se comunicaban entre sí; allí estaban la familia del señor cura, los españoles de las tiendas, los empleados públicos, los regidores, el juez y el prefecto; lo más granado, en fin, de la ciudad.

Se destacaban deslumbrantes algunos trajes de señora, ya de color de escarlata, ya amarillos, ó ya, en fin, abigarrados hasta

ofender la vista; y brillaban aquí y allá algunos sombreros bordados con hilo de plata y lentejuelas; pero en todos los semblantes se dibujaba una benévola sonrisa de satisfacción y de contento.

Aquella función era un acontecimiento ruidoso é inolvidable: la compañía ecuestre era de lo mejor que se había visto, los ejercicios eran de lo más bárbaro que pueda imaginarse, y sobre todo, había una gran novedad:

Una cirquera.

Merced á la deferencia de algunas personas, para quienes éramos enteramente desconocidos, disfrutamos, mi compañero y yo, de dos asientos en primera linea, y una vez instalados nos fuímos persuadiendo de que aquel espectáculo realmente no carecía para nosotros de atractivo.

Los ejercicios á caballo no llamaron mucho nuestra atención, pues en realidad tenían poca novedad; pero cuando tocó su turno á la cirquera, nuestra atención quedó de todo punto embargada.

Acompañada por el director y por el *payaso*, se presentó en el circo una joven hermosísima, cuya sola presencia hizo prorrumpir en un entusiasta aplauso á la concurrencia.

La joven cirquera tendría diez y seis años, era blanca y poseía una magnífica cabellera color de castaña claro, que caía sobre sus hombros en profusión de sedosos rizos.

El óvalo de su rostro era perfecto, y en su mirada brillaba, á la par que la inteligencia, cierto aire de concentración y de tristeza, que la hacía en extremo interesante.

Las líneas de su cuerpo eran purísimas, y contra lo que en general se nota en gentes dedicadas á ese ejercicio, el talle de la joven era irreprochable, sus formas artísticamente modeladas y su traje riquísimo y de un gusto poco común.

Llevaba una tunicela y corpiño de raso azul con franjas y fleco de oro, que caía sobre una pierna modelada y elegante: el

pie era pequeño, fino y ricamente calzado.

Le presentaron un caballo negro de hermosa estampa, enjaezado con mantillón y pecho pretal azul de terciopelo.

El director ofreció, bajándola, la palma de la mano, y la joven, poniendo en ella uno de sus pequeños piés, saltó al lomo del caballo, con no menos gracia que destreza.

Sin necesidad de arreglarse, se había colocado sobre el cojín en una actitud tranquila y elegante, y se ocupaba de templar las riendas del fogoso animal, que se manifestaba impaciente por emprender la carrera.

El palafrenero contenía al caballo por los alacranes del freno.

En la concurrencia reinaba ese silencio que es la expresión del asombro y del interés: todos contemplaban á aquella joven, creyéndose cada uno para sí, víctima de una fascinación.

Tal es el prestigio de la hermosura, que la admiración que causa se individualiza, y cada cual cree que la impresión que experimenta es superior á la de los demás.

—¿Realmente es tan hermosa esa mujer? me preguntó mi compañero.

—Yo estoy admirado, le contesté?

En este momento rompió á galopar el hermoso corcel, y después de la primera vuelta, la jóven, por medio de un movimiento rapidísimo, se puso de pié sobre el cojín.

El viento hacía ondular graciosamente, así los profusos rizos de su cabellera, como su corta y abundante falda azul, y sobre aquel pedestal movable, la arrogante figura de la jóven realzaba toda su belleza.

Noté que mi compañero estaba más que absorto, estaba profundamente conmovido: sus ojos seguían con una fascinación febril el círculo que trazaba en el espacio aquella aparición, cuyas actitudes académicas y el rápido movimiento le prestaban tal encanto que, perdida la idea de la pesantez, semejava una verdadera aparición aérea, una hija del aire, que, con un prestigio arrobador, se atraía las miradas y la admiración de los espectadores.

No sé qué había de fantástico y de voluptuosamente aéreo en aquella mujer, pues sus ejercicios parecían tan fáciles, tan naturales, que se comprendía que gozaba al ejecutarlos; no era el terror que inspira un peligro próximo, sinó la fascinación de una aparición deliciosa lo que inspiraba aquella mujer.

El público, después de haberla admirado por largo tiempo, prorrumpió inusitadamente en un grito de admiración y en el más estrepitoso de los aplausos

Aquella joven había hecho cuanto humanamente se puede pedir al más avezado maestro de equitación, y por fin saltó ligera y siempre graciosa, á tierra, y dando las gracias al público, desapareció del circo.

El público no dejó de aplaudir sinó después de haberla obligado á presentarse de nuevo por tres veces consecutivas.

Cuando volví la cara, mi compañero había desaparecido de mi lado.

Ha sido preciso poner al lector al tanto del anterior episodio, que es el principio de

la historia íntima de dos de los personajes de esta obra.

En cuanto á mi compañero de viaje, que es uno de ellos, lo perdí de vista desde aquella tarde, y cuando algunos años después le he vuelto á ver, me ha relatado su historia, autorizándome para darla á luz, á condición de ocultar su nombre y el de la cirquera.

Pero como el nombre haga poco al caso, daré al lector los que el mismo joven me dió como *speudónimo*, conocido no obstante por algunos.

—Llámele usted á esa mujer Estrella, me dijo.

Cuando hubo acabado de contarme su historia aquel joven, me dejó en libertad de darle á él en mi novela el nombre que yo quisiera, y he preferido darle el de su padre.

Su padre se llama Alberto.

Hé aquí su historia:

El señor cura de un pueblo no muy distante de la capital, y cuyo nombre no debemos decir por no estar para ello auto-

rizados, recibió un día la visita de un vaquero, que era uno de sus feligreses y capataz de varias cuadrillas que, en faz de hermandad católica, representaban anualmente uno de los más pingües ingresos del curato con motivo de las ceremonias de Semana Santa.

Lázaro, que así se llamaba el vaquero, no hacía á Lázaro precisamente por el papel que representaba en las ceremonias, pues prefería el de sayón, sino porque su jornal de medio año desaparecía en el cepo del curato antes de la Semana Mayor.

Lázaro había venido á ver al señor cura mucho antes de la cuaresma, y esto era raro porque nunca venía sinó en febrero.

—Qué novedad traes, hijo mío? le preguntó el señor cura al bueno de Lázaro.

—Esta criatura, contestó Lázaro enseñando al párroco un niño como de seis años, pues como su paternidad andaba encargando un *piltonle*, yo dije: pues á ver si quiere su paternidad esa criatura, que al fin ni padre ni madre que lo reclamen, porque no tiene, después de Dios y de su pa-



ternidad, más que á mi comadre, con perdón de su paternidad.

—¿Es huérfano?

—De padre y madre, con perdón de....

—¿Y está bautizado?

—De eso sí no hay *costancia* en el pueblo; pero yo creeré que debe estar bautizado, pues cuándo no!...

—¿Y cómo se llama?

—Pues, le nombran Alberto, para servir á su paternidad.

—¿Y de dónde es?

—Dicen que de San Pedro el de Abajo, que de allá lo trajeron.

—Bueno, dijo el señor cura, que se quede. Ven acá, le dijo á Alberto.

Este se acercó para que el señor cura lo reconociera: le tomó la cabeza y se la levantó para verle la cara, y sin duda el párroco era algo frenólogo, porque exclamó con cierta seguridad:

—¡Qué buena cara de pillo tienes! A ver, á ver! ¿y qué tal come?

—Come sus tortillitas.

—Este chico ha de ser glotón, dijo el señor cura para sí, poniéndole los dedos cerca de las orejas; y agregó á poco:

—¿Y te hurtarás tus gallinitas?

Lázaro abrió la boca y miró con profundo respeto al señor cura, acordándose de que, entre otras su comadre tenía al padrecito en opinión de santo.

En el robo de gallinas estaba precisamente el secreto de la donación que Lázaro hacía al señor cura: Lázaro sabía muy bien que lo que le regalaba á su paternidad, era un redomado é incorregible ladrón de gallinas; vicio por el cual, los muchachos de San Pedro conocían á Alberto por el apodo de *El coyote*.

Lázaro sintió cierto terror supersticioso por estar engañando al señor cura, pero por otra parte, estaba resuelto á deshacerse á toda costa del Coyote.

—Ya le quitaremos las malas mañas, dijo el señor cura. Mira, le dijo á Alberto, mira.

Y le mostró un retablo pintado, en el

que un angel combatía con flamígera espada á los demonios y los arrojaba al infierno.

—Este es el castigo de los ladrones. ¿Sabes los mandamientos?

Como es muy difícil hacer hablar á un niño indio de seis años y de las prendas de Alberto, Lázaro contestó por él:

—Apenas los sabe, padrecito.

El señor cura, apesar de todo, aceptó á Alberto, y Lázaro, agradecido, no vaciló en asegurar á su paternidad, que aquel año iba á estar la Semana Santa mucho mejor que las anteriores.

Alberto quedó instalado en el curato.

Se le dedicó con tesón al aprendizaje del Catecismo, y Alberto, por mucho tiempo, no dió que decir: se portaba bien y crecía, llegó hasta ayudar la misa al señor cura; aprendió á sacristan y era, en lo general listo y servicial.

Pero tan luego como hubo sentado sus reales y reconocido la posición, se entregó á sus hurtos, de los que había prescindido sólo por un refinamiento de aquel feo vicio.

Nadie pudo probarle que él era el que se robaba las formas en la sacristía, y nadie tampoco logró pillarlo apurando el vino para consagrar.

En cuanto á su afición á la volatería, nada dejaba que desear; sabía cojer un pollo sin dejarlo píar, y para alejar el rastro de las plumas, las amasaba con lodo, fabricando proyectiles para su honda.

Soltaba después, atado á un alambre un cuarto de pollo en el puchero con tanta destreza, que nunca pudo verlo la cocinera; y en una palabra, Alberto era el más hábil é ingenioso de los ladrones.

El cura, que conocía muy bien las tendencias de Alberto, ordenaba que nada se le negase, y después de algún tiempo de observación, se sorprendía de no ver realizadas sus predicciones.

—¡Será posible, decía el señor cura, que Alberto no se haya robado nada todavía! Entonces ó la frenología es mentira, ó Alberto es el más hábil de los ladrones.

Así llegó Alberto á la edad de trece años.

UNIVERSIDAD DE MEXICO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Vol. 1625 - MONTEBELL, MEXICO